

## Bernard Shaw y Rusia...

(Viene de la página 200)

os digo esto porque, a lo mejor, algunos de vosotros tenéis la idea de que Rusia es un país en el que el dinero no produce interés. En Rusia el dinero produce intereses que fluctúan, como en los demás países.

En cuanto a la renta, la diferencia está en que aquí, en Inglaterra, se la pagamos a un señor que, a lo mejor, se la va a jugar en Montecarlo. En Rusia, en cambio, se le paga al Soviet local, que emplea el dinero en empresas públicas de las cuales disfrutamos todos. Pero, de todos modos cada uno paga renta por su casa.

Si todas las rentas de Londres se pagaran al Municipio, no habría impuestos y, además, sobraría dinero para emplearlo en diversiones y amenidades.

Pero en Londres eso se llama bolchevismo, comunismo, lo cual es horrible y terrible . . .

Es decir, la gente de Londres es tonta, mientras que la de Moscú es gente sensata. Esto me recuerda un detalle interesante.

**Sobre la estupidez.**—Para los rusos es muy difícil comprender que nosotros seamos tan estúpidos como lo somos realmente. Stalin mismo me decía: "Pero no cabe duda que cualquier persona inteligente tiene que comprender . . . tal y cual cosa". Y yo le dije: "Pero es que nuestra gente no es inteligente; esa es la primera cosa con la que tiene usted que contar". Y Stalin no podía creer que hubiera gente tan poco inteligente para no comprender el sistema comunista. Pero hay que recordar esto. Un hombre de Estado inglés se cree, moral e intelectualmente, superior, y superior en educación que un hombre de Estado ruso. En eso se equivoca. Moralmente, es muy inferior. En cuanto a intelectualmente . . . bueno, ya se sabe lo que se aprende en Eton y Oxford. En Rusia no están sólo en la posición moral enormemente superior del comunismo, sino que son superiores también intelectualmente. Empiezan por leer a Marx, lo cual sólo tiene un peligro, que produce a veces una pedantería. Porque cuando se ha leído a Marx, se saben tantas cosas más, que fácilmente llega uno a creer que lo sabe todo, por lo cual desprecia uno a la gente con quien trata.

Yo le dije a Litvinoff: "¿Se acuerda usted de sus relaciones con lord Curzon?". (Lord Curzon había dicho: "Yo no puedo tratar con esa persona; es un ordinario. No puedo discutir política con un hombre de su clase. Igualmente podía pedírseme que discutiera el Gobierno de mi país con mi criado"). Aquella pedantería social fue verdaderamente desastrosa para aquel momento. Pero lo que la gente no sabe es que la pedantería social con que lord Curzon trató a Litvinoff no era comparada con la pedantería intelectual con que Litvinoff miraba a lord Curzon. Ellos miran como a imbéciles, y nosotros ni siquiera somos ca-

paces de darnos cuenta de que somos imbéciles.

Su sistema es fuerte a toda prueba. Nadie, ni el más obstinado conservador, podría ir a ver lo que están haciendo y desear que el plan quinquenal fallara. El éxito del plan quinquenal es la única esperanza del mundo. Nuestro plan nos lleva rápidamente al abismo y ellos lo saben perfectamente bien. Pero otros, claro es, aunque no comprenden que somos tontos, sienten que los tontos pueden ser peligrosos. Saben muy bien que mister Churchill lanzó todas las fuerzas británicas a la contrarrevolución, y todo lo que yo pude hacer fue decirle a Stalin que esto se hizo sin un solo voto de la Casa de los Comunes. Se hizo con los *stocks* que quedaban de la guerra mundial, y en cuanto le presenté a la Casa, quedó deshecho. Pero los rusos saben que desde entonces se han elegido en Inglaterra otros gobiernos. Por ejemplo, el Gobierno responsable del robo de Arcos<sup>(1)</sup>—un robo del cual se hubiera avergonzado cualquier niño inocente que jugara a los ladrones.—Por esto me dijeron que tenían necesariamente que tener cuidado, y yo no pude decirles con exactitud que no corrían ningún peligro. Les dije que las masas del pueblo no quieren guerra, y ellos me contestaron que no veían claro cómo las masas del pueblo podrían impedir que los místers Churchills hicieran la guerra cuando quisieran.

**Lady Astor y los niños.**—Hay ciertos contrastes que le llaman a uno la atención. En algunos aspectos, el Gobierno es duro; en otros, extraordinariamente humano. Recuerdo que lady Astor, que, a propósito, se interesa mucho por el tratamiento de los niños, y que se convirtió al sistema de Margarita Macmillan, decía a los rusos que ellos no entendían nada de niños. Dijo que los niños que habíamos visto estaban demasiados limpios, porque los niños no deben estar limpios cuando juegan. Eso, primeramente. Lo segundo era que los niños habían entrado porque estaba lloviendo. "Un niño no debe preocuparse de si llueve o no", decía lady Astor, y recomendó que mandaran alguna mujer responsable a Inglaterra a estudiar el cuidado de los niños, según el sistema Macmillan.

Y es probable que lo hagan, porque los rusos aprovechan todas las ideas.

Y si un hombre tiene una idea, ellos la utilizan y la ensayan en seguida. A todo hombre que tiene una nueva idea, le retratan y archivan su fotografía. En cambio, nuestro país hace todo lo posible por molestar y por matar de hambre a los inventores. En cuanto un hombre inventa una nueva máquina, todos los que trabajan con máquinas antiguas se lanzan sobre él. Si inventa nuevos métodos para evitar roturas, todas las casas que viven de esas roturas

<sup>(1)</sup> La oficina comercial soviética que había en Londres

se lanzan sobre él. En Rusia no existe este roce.

**"Ustedes pegan a los niños".**—Veamos los aspectos humanos. Las relaciones con la policía son muy distintas de las relaciones con la policía aquí, aunque el policía de nuestro país tiene muy buena fama. Un saxoamericano que me encontré durante el viaje empezó a tomar fotografías en Leningrado. Se le acercó un policía y le dijo: "No puede usted hacer esto aquí. Me parece que está prohibido". El saxoamericano le contestó que él hacía lo que le daba la gana. Entonces surgió la cuestión de si el saxoamericano estaba actuando contra la ley. Un policía inglés, ante esa duda, habría dicho: "Tiene usted que venir conmigo a la Comisaría, y allí presentar su caso al inspector". Pero el policía ruso: "Me voy a la Comisaría a preguntar; espéreme usted aquí". Se fue, y, naturalmente el saxoamericano esperó. Pronto regresó el policía, que le dijo, "Está bien".

Cuando lady Astor habló a Stalin sobre los niños, Stalin se volvió, con una expresión muy elegante, y dijo: "En Inglaterra ustedes pegan a los niños". Y yo no creo que nada pueda expresar con mayor claridad la enorme diferencia existente entre Inglaterra y Rusia. En Rusia es un crimen pegar a un niño. Los niños acusan a sus padres en la Comisaría cuando esto ocurre.

Desde luego, no hay pena de muerte. La pena de muerte se ha abolido, y se puede cometer un crimen en relativamente buenas condiciones: cuatro años, por ejemplo, es el castigo que se impone a un asesino. Cuando el asesinato es muy malo, se le imponen cinco. Pero aunque no hay pena de muerte, se fusila por delitos políticos. Si un hombre empieza a sabotear, si empieza a especular, si trata de aprovecharse del sistema, en cualquier forma, para enriquecerse, ese hombre desaparece. Unos días después se comunica a sus parientes que le manden alimentos, y, después de unos días, o regresa a su casa, o se informa a sus parientes que ya no necesita más alimentos. Unos días más tarde se les comunica, ya definitivamente que ha sido fusilado. En este aspecto son muy severos.

**El fin del especulador.**—En Inglaterra, el especulador es el hombre que vosotros admiráis. Le mandáis al Parlamento a que os represente, le mandáis a la Casa de los Lores. Hace algunos años se empezó a especular, y, lo mismo que después de la guerra, muchas personas mal aconsejadas empezaron a amontonar billetes alemanes; en Rusia también empezaron algunos a amontonar dinero, con lo cual casi se paralizó el comercio, pues el dinero había desaparecido. Esto se resolvió fácilmente. Registraron a unas mil personas sospechosas y fusilaron a dos de ellas en cada ciudad importante. Al día siguiente volvió a aparecer todo el dinero.

Recordando las noticias que uno ha leído